

Selecciones de Teología

Nº 254

Vol. 64

Abril-Junio 2025

Condensación de los mejores artículos de teología

Ad theologiam promovendam

El desarrollo de la antropología trinitaria en la teología reciente.
Una perspectiva antológica y ecuménica

El impacto plural de la inteligencia artificial en la teología

La iglesia no es una democracia. Una frase puesta a prueba

¿Impedirá la Biblia el calentamiento global?

El clericalismo y las heridas de los sacerdotes

Los salmos, oración cristiana

Cómo imaginar la Iglesia del futuro

Selecciones de Teología

Vol. 64 abril-junio 2025 nº 254

SUMARIO

Ad Theologiam Promovendam

PAPA FRANCISCO (†) 83-87

El desarrollo de la antropología trinitaria en la teología reciente. Una perspectiva antológica y ecuménica

DAVID LUQUE 88-87

El impacto plural de la inteligencia artificial en la teología

LLUÍS OVIEDO TORRÓ 103-111

«La iglesia no es una democracia». Una frase puesta a prueba

WOLFGANG BEINERT. 112-118

¿Impedirá la Biblia el calentamiento global? La cuestión ecológica y las lecturas contemporáneas de la Biblia

RÉGIS BURNET 119-130

El clericalismo y las heridas de los sacerdotes

MANUEL GARCÍA HERNÁNDEZ. 131-145

Los Salmos, oración cristiana

JORDI LATORRE CASTILLO 146-152

Cómo imaginar la Iglesia del futuro

DIEGO M. MOLINA MOLINA 153-160

¿IMPEDIRÁ LA BIBLIA EL CALENTAMIENTO GLOBAL?

LA CUESTIÓN ECOLÓGICA Y LAS LECTURAS CONTEMPORÁNEAS DE LA BIBLIA

Régis Burnet

«La Bible empêchera-t-elle le réchauffement climatique?»

Revue théologique de Louvain, 54, 2023, 162-179

Traumatizados por el artículo de 1967 de Lynn White, que acusaba a la Biblia de haber favorecido la crisis ecológica, los exegetas se creyeron obligados durante mucho tiempo a adoptar una postura defensiva y demostrar que el texto que estudian es en realidad respetuoso con el medio ambiente. Un repaso de los trabajos de los últimos veinte años muestra que no se puede extraer ningún discurso específico y coherente de la biblioteca sagrada. Esto no quiere decir que las consideraciones bíblicas deban excluirse del debate o desatenderse en las reflexiones teológicas sobre el tema. Si pueden y deben intervenir, debe hacerse mediante el uso de una hermenéutica, es decir, una interpretación adaptativa, lúcida sobre sus presupuestos y sobre el camino que hace recorrer a los textos para hacerlos encajar con una situación que sus autores no preveían en el momento en que los redactaron.

La crisis climática está aquí, nadie puede negarlo de manera razonable. Y ahora se pide a todas las religiones que se pongan en orden de batalla para hacerle frente. Valientemente, el cristianismo ha movilizado sus mejores tradiciones y recuerda la larga relación de su texto sagrado con la cuestión ecológica, desde el relato de la creación del Génesis hasta este magnífico texto paulino: «toda la creación hasta este día gime en dolores de parto» (Rm 8,22). Pero esta batalla llega un poco tarde. Desde la década de 1960, la famosa orden de Gn 1,29, «llenad la tierra y sometedla», ha sido señalada como la causa de todas nuestras desgracias, ya que fomenta la superpoblación y permite toda clase de depre-

daciones medioambientales. Y, sobre todo, ha sido integrado por cristianos de todas las confesiones que se culpan colectivamente e intentan demostrar hasta qué punto hemos cambiado y hasta qué punto el texto bíblico debe leerse de otra manera. ¿Por qué sentimos la necesidad desesperada de construir la imagen de una Biblia totalmente ecológica?

Una relación previa distorsionada con el texto bíblico

A menudo se atribuye a Lynn White Jr. la autoría de esta acusación, formulada en su artículo publicado en 1967 en *Nature*. En realidad, White, que es medievalista, retoma ideas de toda una corriente anticristiana que ya se encuentran en la filosofía de Heidegger, en particular en su análisis del concepto de *physis*.

La «naturaleza» del hombre es, para el pensamiento cristiano, lo que se le dio por sí mismo en la creación, lo que se deja a la discreción de su libertad; esta «naturaleza» –abandonada a sí misma– conduce al hombre a la ruina por el juego de las pasiones; por eso la «naturaleza» debe ser reprimida continuamente: en cierto sentido, es lo que no debe ser.

White también retoma las intuiciones de Max Weber según las cuales la teología medieval influyó en toda la visión del mundo occidental. Muestra que fueron los valores teológicos los que permitieron al Occidente avanzar tecnológicamente. El núcleo de su argumento se centra en un pasaje bíblico, Gn 1,26-28. Para él, los medievales leyeron el famoso «*râdâ*» del versículo 26, o más exactamente la expresión «*subicite eam*» de la Vulgata, no como una dominación (*dominion*), sino como un control (*dominance*). Este eslogan se habría entendido como un cheque en blanco para explotar los recursos naturales y habría hecho que la tecnología fuera moralmente virtuosa. Digámoslo de inmediato, este artículo está anticuado en todos los aspectos. En primer lugar, por su contexto de redacción: como ha descrito Dominique Bourg, los años 60 todavía están bajo el impacto de los dos conflictos mundiales y de Hiroshima, y la crisis que denuncia Lynn White es más una angustia ante la tecnología que la constatación de la llegada del antropoceno. En segundo lugar, por su objetivo, co-

mo ha demostrado Christophe Monnot: escrito por un presbiteriano liberal, el artículo busca ante todo reformar el cristianismo de su tiempo para desviarlo de cierta colusión de las iglesias con lo técnico y lo industrial y hacer que recupere valores humanistas. White ha evolucionado mucho hacia posiciones cada vez más matizadas. El artículo de Lynn White fue recibido de manera casi mesiánica por los círculos de la «contracultura ecológica» y provocó todo un proceso de defensa por parte de las Iglesias que continúa hasta hoy.

Dos textos se repiten como mantras: Gn 1,26-30 y el pasaje de Rom 8 mencionado en la introducción. Hay dos grandes temas de la lectura contemporánea de Génesis 1: la responsabilidad absoluta de la creación expresada por el término inglés *stewardship*, administración, la solidaridad entre las criaturas y la creación, la importancia del esfuerzo necesario (plantar árboles y abonar el jardín) para preservar el medio ambiente. En Romanos 8, Pablo habría afirmado la interdependencia entre el ser humano y la naturaleza, adoptando el vocabulario de la maternidad. Como dice Brendan Byrne: «el pasaje transmite un fuerte sentimiento de solidaridad, tanto en el sufrimiento como en la esperanza, entre la creación no humana y el mundo humano».

Se entiende perfectamente la estrategia que se está aplicando. Al centrarse en Romanos 8, el objetivo es mostrar que existen textos «verdes» que tienen en cuenta la naturaleza como un todo, descentrando el lugar del ser humano. Se trata de salvar la Biblia otorgándole una etiqueta ecológica. Al elegir releer Génesis 1, se trata de limpiar la Biblia de toda acusación de ecocidio. Como dice el Papa Francisco en *Laudato Si'*, si existe la culpa, hay que buscarla en las interpretaciones de algunos cristianos que no tienen una hermenéutica adecuada, y no en la escritura sagrada.

El regreso de un mal uso del principio de inerrancia o cómo revivir la crisis modernista

Al remitirse así a la hermenéutica, el Papa evita un escollo en el que todos corremos el riesgo de caer, tan heridos como estamos por la acusación de Lynn White: dar una lección de exégesis a su

lector. De hecho, la tentación es grande de querer demostrar a través del hebreo, la arqueología y la gramática que el versículo no pudo empujarnos a masacrar nuestro medio ambiente y que siempre ha sido irreprochable en materia de certificación ecológica. Ante el ataque, retomamos el viejo reflejo eclesiástico: sacar a relucir el uso literalista del principio de inerrancia. Temiendo encontrarse en la misma posición que a principios del siglo XX cuando los críticos se dedicaban a sus detalles para minar la fiabilidad del texto bíblico, los cristianos de todas las confesiones se esfuerzan por defender paso a paso, y cueste lo que cueste, cada expresión para demostrar que el autor principal de las Escrituras, Dios, no puede equivocarse. Como en la época de la crisis modernista, por mucho que los pros y los contras se enfrenten por el significado, en realidad se encuentran en la misma perspectiva frente al texto: leerlo de manera literal y fragmentaria. El argumento de Lynn White es complejo, discutible, como hemos visto, pero complejo. Solo se retiene una lectura literal de medio versículo del primer capítulo del Génesis.

El problema de practicar así la inerrancia literal es caer en las mismas trampas que se encontraron durante la ofensiva antimodernista de finales del siglo XIX.

La primera, y la más flagrante, es que no se puede mantener esta perspectiva de exculpar cada detalle de todas las perícopas. Siempre hay pasajes que se resisten. Los más evidentes son los que tratan del sacrificio. ¿Cómo defender, por ejemplo, de manera ecológica el degüello de 22.000 cabezas de ganado mayor y 120.000 cabezas de ganado menor para la dedicación del Templo de Salomón (1Re 8,63 y paralelo en 2Cr)? Los comentaristas se enredan en las explicaciones. Pero también se puede pensar en pasajes mucho más inesperados, como en la Segunda Carta de Pedro: «Puesto que todas estas cosas se disuelven así, ¿cómo no debéis ser vosotros de conducta santa y de oración, esperando y apresurando la venida del Día de Dios, en el que los cielos inflamados se disolverán y los elementos encendidos se fundirán» (2Pe 3,11-12). ¡Este es un texto mucho peor que Génesis 1! ¿No es esto un estímulo para precipitar la crisis con el fin de acelerar la llegada de la Parusía? Algunas tradiciones fundamentalistas, que ponen el énfasis en la espera de un inminente regreso de Jesús y

de un arrebatamiento de los creyentes de la tierra, analizan las catástrofes naturales y los signos de descomposición terrestre como indicadores anunciados en las Escrituras de la proximidad del fin esperado. Algunas de estas agrupaciones se han opuesto explícitamente al ecologismo, considerándolo una herejía de la nueva era o neopagana, que amenaza con desviar a los creyentes del objetivo de la salvación celestial.

La segunda dificultad que plantea una perspectiva de microexégesis es seleccionar fragmentos de versículos que se convierten en eslóganes perdiendo la perspectiva global del texto. El grito de la creación en Romanos 8 es aquí particularmente tópico. Como se ha dicho, la mayoría de las interpretaciones se contentan con leer en él una solidaridad entre la *ktisis*, la Creación y la humanidad. Sin embargo, como demuestra un notable artículo de Sigve Tonstad, se trata de algo muy diferente. De hecho, según la opinión de todos los comentaristas, Pablo sigue de cerca el texto del Génesis en esta parte de la Epístola a los Romanos. Ahora bien, si se consultan los versículos anteriores al versículo 22, se encuentra esta extraña expresión: «fue sometida a vanidad – no por su voluntad, sino por aquel que la sometió a ella» (v. 20). ¿A qué puede aludir esto, si no es a Gn 3,17-18: «¡Maldita sea la tierra por tu causa! [...] Produce espinos y cardos, y comerás hierba del campo». El estado en el que nos encontramos es el de una ausencia de solidaridad. La tierra también ha sufrido las consecuencias de la culpa de Adán y se ve obligada a volverse contra él. Y si hay comunión con algo, es ante todo con el sufrimiento y la servidumbre: la creación gime, tiene la esperanza de ser liberada de la «servidumbre de la corrupción» (v. 22). Una declaración así no tiene mucho que ver con la ecología, que es ajena a Pablo: es ante todo un manifiesto político y un manifiesto escatológico. Un manifiesto político, en primer lugar, porque, como ha demostrado Robert Jewett, hacer oír así el tormento de la naturaleza contradice la ideología imperial de un retorno idílico de la edad de oro garantizada por la *pax romana*. Decir que vivimos tiempos de angustia es afirmar que el Emperador no merece el título de *Salvador del Mundo* que se atribuye a sí mismo y que debemos buscar otro salvador. Y es aquí donde el manifiesto político adquiere una dimensión escatológica: al declarar que la Creación espera la re-

velación de los hijos de Dios, Pablo la toma como testigo y la convierte en el apoyo del minúsculo grupo de discípulos de Cristo. Aunque son una ínfima minoría, son aquellos en quienes la Creación espera ardientemente. Esta lectura ecológica, que llega en un segundo momento, no puede sino ser recibida por nuestra modernidad inmersa en una atmósfera de fin del mundo. Como dice Tonstad, «el gemido de la naturaleza es ahora audible incluso para el oído embotado y desensibilizado que no está familiarizado con las perspectivas apocalípticas y que se siente incómodo con sus perspectivas».

Por último, la tercera dificultad es aplicar el texto a un objeto diferente de su objeto original y hacer que encuentre un sentido que la hermenéutica bíblica ha denominado «sentido acomodaticio» y siempre ha considerado como un error exegético. Richard Bauckham ha realizado una crítica del concepto de *stewardship*, de responsabilidad de la Creación, de intendencia. Cuatro argumentos deberían hacernos cautelosos en su uso. (a) el concepto denota, como dice Bauckham, una *hybris* bastante grande. Es completamente arrogante atribuirse la administración de la tierra, porque el conocimiento y el poder humanos simplemente no están a la altura de la tarea de controlar todas las complejidades de los ecosistemas del mundo, y Génesis 1 no habla en absoluto de una dominación total. (b) Al proclamarse administradores, se excluye absolutamente la acción de Dios en el mundo, que es uno de los temas centrales del Antiguo Testamento, como se puede ver en el libro de Job. (c) El concepto de administración es un concepto vago. ¿Es la creación solo un almacén de materias primas para ser utilizadas de manera instrumental como los humanos quieran? ¿Debemos moldear la naturaleza o hacer que recupere su estado original, pero entonces, ¿cuál es? ¿Qué contenido concreto implica el modelo de la intendencia para el cuidado efectivo del planeta? (d) El modelo de la intendencia vuelve a situar al ser humano en la cima de la creación, cuando los dos relatos de la creación tienen perspectivas divergentes y mucho más complejas. La conclusión de estas críticas es clara: se ha encontrado un «sentido acomodaticio» al intentar hacer encajar el texto bíblico con un concepto de responsabilidad que le es ajeno, ya que es totalmente moderno. ¿Podemos traducir el

texto como se ha hecho a menudo en los últimos años diciendo que la tarea de Adán es «cultivar» y «cuidar»? ¿No es una adaptación que no capta el núcleo del texto bíblico, que es totalmente teocéntrico, ya que todo gira en torno a Dios? Cuando los verbos *`avad* y *shamar* aparecen juntos en otras partes del Antiguo Testamento, nunca transmiten un significado agrícola. Más bien hacen referencia al servicio y la custodia que los sacerdotes levitas debían asegurar en el marco del mantenimiento del templo de Israel. ¿No habría que entender el texto en un sentido más litúrgico, que vería en el jardín el templo de Dios y en el hombre al levita encargado de organizar el culto y la vigilancia? Este es el sentido que subyace en la versión de los LXX, que traduce por ἐργάζεσθαι αὐτὸν καὶ φυλάσσειν, «trabajar y montar guardia».

Hacia una hermenéutica que tenga en cuenta las consideraciones ecológicas

De lo anterior deben extraerse dos lecciones. La primera es que hay que dejar de leer los dos Testamentos con culpa o a la defensiva, lo que solo conduce a una distorsión de las interpretaciones. No es la Biblia a la que hay que culpar, sino a sus lectores. Y, aun así, habría que demostrar que son los lectores de la Biblia los responsables directos de la crisis ecológica. Como ocurre con todo comportamiento humano, la predisposición de las instituciones y las sociedades a seleccionar uno u otro versículo bíblico para justificar después las decisiones que se han tomado sin consultar la Biblia parece casi infinita. La segunda es que, a pesar de lo que se diga, ni Adonai desde lo alto de su Sinaí ni el Verbo encarnado consubstancial al Padre parecen haber desarrollado un discurso consistente sobre la ecología. Y aquí también conviene evitar una propensión tan infinita como la otra a manipular el texto para que encaje a la fuerza en la actualidad, o a manejar con alegría las tijeras para censurar los textos que molestan. Entonces, ¿qué hermenéutica se puede privilegiar? La investigación contemporánea nos sugiere tres pistas. Estas no deben entenderse excluyéndose unas a otras, sino, por el contrario, en estrecha colaboración entre sí.

Earth Bible Project

Con sede en la Universidad de Adelaida, Australia, y liderado por Norman Habel, el *Earth Bible Project* afronta directamente la dificultad que la Biblia plantea al lector que pretende encontrar en ella una justificación para la ecología. Para Habel, la Biblia es un texto incómodo (*inconveniente*) que contiene muy pocos pasajes «verdes», es decir, palabras que nos conectan de manera personal e inmediata con la naturaleza. Es más bien un texto «gris», como él dice, es decir, un texto que nos empuja a la actitud contraria, aunque las perícopas «verdes» (Job 39; Sal 104; Rom 8; Col 1,15-20) pueden servir de reglas para comprender los demás. Por lo tanto, la Biblia no es un texto *ecofriendly*, y hay que tenerlo en cuenta. Para leerla correctamente, hay que seguir tres pasos. El primero es la sospecha: tener en cuenta que los textos bíblicos y sus interpretaciones pueden ser antropocéntricos y potencialmente opuestos al medio ambiente (que Habel llama «Tierra»). El segundo es una etapa de identificación, en la que se trata de hacer un inventario de los elementos propios de la tierra (o de los que pertenecen a su comunidad) y simpatizar con ellos. Por último, lo que constituye la etapa distintiva del proyecto, la recuperación (*retrieval*) de la «voz de la Tierra». Es esta voz, ya sea explícita o implícita en el texto, o bien construida de manera imaginativa por el intérprete, lo que el proyecto busca hacer emerger.

Habel ha sido criticado a menudo, incluso por aquellos que participan en su proyecto, por la relativa vaguedad de este concepto de «voz de la tierra» que da rienda suelta a la subjetividad del intérprete. También se puede cuestionar la distinción entre «textos verdes» y «textos grises»: muchos prefieren evitar arrojar sospechas directamente sobre el texto y reservarlas para sus intérpretes. Quizás más profundamente, podemos cuestionar este enfoque que plantea principios de ecojusticia como punto de partida y que, por tanto, sirven de canon, en el sentido técnico del término, es decir, de reglas de interpretación del texto bíblico. Esto implica que sepamos de antemano y con independencia de la Biblia lo que es un auténtico enfoque ecológico, y que luego podamos evaluar el mensaje bíblico a la luz de este conocimiento previo.

El proyecto de Exeter

Con tal crítica, es de esperar que el proyecto de Exeter, liderado por David Horrell, parta del enfoque inverso y busque ante todo identificar los prejuicios que tenemos sobre la Biblia: «Una de las ventajas de la identificación explícita de estas construcciones doctrinales es que indica claramente que no pretendemos simplemente leer o encontrar lo que el texto “dice”, sino que reconocemos que nuestra lectura de la Biblia es una construcción, moldeada por ciertas prioridades y convicciones». Este enfoque ha dado lugar al interesante *Greening Paul: Rereading the Apostle in a Time of Ecological Crisis*. Partiendo de Rm 8 y Col 1, los autores intentan construir una ética paulina de la ecología. Esta no pretende ser un redescubrimiento del significado original del texto ni de las intenciones del apóstol. Pretende releer las epístolas paulinas *con* el propio Pablo y, a veces, *en contra* de él, adoptando una perspectiva conscientemente orientada por la situación contemporánea. El grupo de Exeter parte así de lo que considera el núcleo de la ética paulina, es decir, un conjunto de normas que pueden enumerarse de la siguiente manera: el respeto a los demás, la bondad intrínseca de la creación, la solidaridad fundamental de la humanidad con la creación, el llamamiento a la reconciliación y a la liberación de toda la creación. Luego se pregunta cómo se pueden aplicar estos principios a la ecología. Las alternativas morales concretas que se contemplan van desde el vegetarianismo hasta la reducción de la extinción de especies. Pero todas promueven una «contención kenótica» y la ampliación de nuestra consideración hacia los demás (humanos y no humanos).

El enfoque hermenéutico es, por tanto, completamente diferente. No se trata de revelar lo que «dice la Biblia» sobre la ecología, sino de embarcarse en un proceso mucho más creativo en el que el texto bíblico se relee planteando conscientemente preguntas contemporáneas y asumiendo con transparencia no solo la perspectiva, sino también el vocabulario clásico del cristianismo. Por lo tanto, ya no se trata de emplear los temas genéricos con la esperanza de ganar neutralidad o universalidad, sino de cuestionar de nuevo la tradición cristiana desde su mismo corazón: la Biblia.

Las virtudes de la anarquía metodológica

Junto a estos dos proyectos bien estructurados y fácilmente identificables por colecciones universitarias (Earth Bible, Earth Bible Commentary) o grupos de investigación en la Society of Biblical Literature (SBL), se está desarrollando una multitud de proyectos en una cierta anarquía metodológica que es muy bienvenida. De hecho, combatir una visión rígida de las relaciones de la humanidad con su entorno con otra visión rígida, aunque esté llena de buenas intenciones, sería catastrófico. Ya hay mucho pensamiento convencional en las doctrinas ecológicas y sería una pena salir de un dogmatismo eclesiástico para sumergirse en un dogmatismo verde. Y en este contexto, el alegre grito de Paul Feyerabend es más que saludable: *anything goes*. Para concluir, enumeraré tres artículos que proponen tres vías de investigación completamente diferentes. Acepto perfectamente la subjetividad de esta elección: *¡todo vale!*

A) El primer artículo fue escrito por Didier Luciani, quien interviene después de varios libros publicados sobre los animales en la Biblia. Se titula «¿Tienen todavía algo que decirnos los animales de la Biblia?». Con la sonriente y humorística modestia que lo caracteriza, su autor asume lo que acabamos de demostrar: en materia ecológica, hay que hacer preguntas a la Biblia sabiendo que no las responderá. En primer lugar, porque no se plantea la pregunta. En segundo lugar, porque la información que proporciona es fragmentaria. Pero, sobre todo, y esta es la conclusión de su artículo, porque nos lleva a nuevas preguntas. El tema de los sacrificios nos remite al del consumo de alimentos cárnicos y el estudio detallado de los austeros mandamientos del Levítico nos lleva a reflexionar sobre la consideración del dolor de los seres vivos: «ayudar a un asno que cae (aunque sea el de tu enemigo) bajo el peso de su carga (Ex 23,5); dejar que los animales descansen (Ex 20,8-10; 23,12; Dt 5,12-14), incluso en épocas de intensa actividad agrícola (Ex 34,21); dejar al pequeño con su madre durante siete días y no ofrecerlo en sacrificio el mismo día que ella (Lv 22,27-28); no golpear a un animal hasta matarlo (Lv 24,18.21); no capturar a una madre pájaro que esté incubando a sus crías (Dt 22,6-7); no amordazar al buey que trilla el grano (Dt 25,4)».

B) La segunda es un estudio etnográfico realizado con personas que viven en situaciones climáticas extremas, como en Oceanía, amenazada por la subida del nivel del mar, sobre su lectura de los textos bíblicos. A diferencia de la explicación espontánea que los occidentales podrían dar del texto del Diluvio, los entrevistados destacan tres elementos. En primer lugar, que Noé proporciona un modelo de anticipación y preparación para la catástrofe en el que debemos inspirarnos; en segundo lugar, que los verdaderos héroes son aquellos que perecen de manera totalmente injusta fuera del Arca y, por último, que la alianza que sella el fin del Diluvio es lo que sirve de base actual para negar el cambio climático. Esta discrepancia de perspectiva invita a la reflexión.

C) Por último, un artículo de Christopher Rowland en el *Oxford Handbook*, ya citado, sobre la escatología en el judaísmo del Segundo Templo permite hacer justicia a la dimensión casi escatológica de la crisis que estamos atravesando. Según él, si hay que buscar pasajes ecológicos en las tradiciones bíblicas en sentido amplio, es más bien en las narraciones apocalípticas donde se encontrarán. De hecho, es en estos textos donde se descubre la restauración de una creación dañada por la humanidad. En realidad, el apocalipsis no busca únicamente describir el fin de los tiempos. Es ante todo un dispositivo retórico destinado a señalar las actitudes negativas de los seres humanos y que se basa en la constatación un tanto desesperante de que la ética solo se revela realmente cuando ya es demasiado tarde, y en particular en los últimos días de la humanidad. Es el miedo a la muerte lo que nos hace morales y nos empuja a sopesar las consecuencias de nuestra conducta pasada. Sin embargo, esta toma de conciencia, aunque no se exprese bajo la apariencia de la crisis ecológica, está en el corazón de la Biblia.

Al final del recorrido, una cosa es segura: los biblistas deben dejar de creer que tienen algo que decir sobre la crisis ecológica. El proyecto de *Exeter* o el de *Earth Bible* han puesto perfectamente de manifiesto que no hay un discurso específico y coherente que pueda extraerse de la biblioteca sagrada y esto no debe sorprender. Escritos en épocas en las que la humanidad no había alcanzado la potencia de daño que se le conoce hoy en día, compuestos cuando los conceptos de naturaleza, medio ambiente y,

a fortiori, ecología no existían, los libros que los componen no hablan de ello. Esto no quiere decir que las consideraciones bíblicas deban ser excluidas del debate o desatendidas en las reflexiones teológicas sobre el tema. Si pueden y deben intervenir, debe hacerse mediante el uso de una hermenéutica, es decir, una interpretación adaptativa, lúcida sobre sus presupuestos y sobre el camino que hace recorrer a los textos para hacerlos encajar con una situación que sus autores no preveían en el momento en que los redactaron. A partir del momento en que esta hermenéutica es consciente de sí misma, *todo vale*. Lejos de asustarnos, esta anarquía metodológica demuestra que los comentaristas tienen muy en cuenta las emergencias climáticas. Al igual que los estudios feministas de antaño, que comenzaron estructurándose como una disciplina particular para acabar convirtiéndose en un componente de toda interpretación, la cuestión ecológica se está abriendo paso poco a poco en todos los campos de la exégesis bíblica, porque ya no se puede ignorar.

Tradujo y condensó: Ana Sanz